

HELIO CARPINTERO

JULIÁN MARÍAS

Una vida en la verdad

BIBLIOTECA NUEVA

INDICE

CAPÍTULO 1.—UNA INTRODUCCIÓN PERSONAL	11
CAPÍTULO 2.—PERFIL BIOGRÁFICO	15
CAPÍTULO 3.—TRES MAESTROS: UNAMUNO, ORTEGA Y ZUBIRI	31
CAPÍTULO 4.—LA <i>HISTORIA DE LA FILOSOFÍA</i> Y LA ESCUELA DE MADRID	53
CAPÍTULO 5.—ESTRUCTURA Y FUNCIÓN DE LA METAFÍSICA	61
CAPÍTULO 6.—EL HOMBRE Y LA PERSONA (MASCULINA Y FEMENINA) .	89
CAPÍTULO 7.—LAS ESTRUCTURAS DE LA CONVIVENCIA	117
CAPÍTULO 8.—IMAGEN PRIMERA Y SUCESIVA DE ESPAÑA	137
CAPÍTULO 9.—EL CRISTIANISMO DE MARÍAS	165
CAPÍTULO 10.—LOS CAMINOS DEL CONOCIMIENTO	195
CAPÍTULO 11.—JULIÁN MARÍAS, <i>ZÓN POLITIKÓN</i>	223
CAPÍTULO 12.—EL PROFESOR Y EL ESCRITOR	245
CAPÍTULO 13.—FINAL. SU FIGURA EN PERSPECTIVA	265
BIBLIOGRAFÍA	271

CAPÍTULO 1

Una introducción personal

La muerte de un pensador invita siempre a un esfuerzo de reflexión y evaluación de su obra. La distancia que impone la ausencia hace que emerja con nueva fuerza su figura total, al desaparecer los sesgos prácticos y las urgencias vitales. Quedamos entonces frente a frente con su obra.

Una tarde de verano, allá por el final de los años 50, en Soria, la capital castellana fría, recogida, entrañable, que dejara honda huella en espíritus como Antonio Machado o Gerardo Diego, bajé con mi padre Heliodoro Carpintero a la estación del ferrocarril a recibir a una familia madrileña que venía a pasar el verano en nuestra ciudad. Mi familia y otras amistades les habían facilitado un sencillo acomodo, alguna persona que ayudara en las tareas caseras, y la garantía de un clima cordial sin sobresaltos, con las comodidades diarias propias de una pequeña ciudad donde todo está a la mano y todos se conocen.

La escena se repitió luego durante muchos años. La familia la integraban un profesor y escritor, cuya figura era ya bien conocida y respetada; su mujer, encantadora persona volcada en la familia y el hogar que, sin embargo, lo envolvía todo con una cultura hondamente vivida, y sus cuatro hijos, menores que yo, con quienes luego compartiría excursiones y paseos. Él era Julián Marías, que durante muchos años convirtió nuestra pequeña ciudad en su lugar de descanso y trabajo veraniegos, donde pasaba casi tres meses, con un enorme equipaje de libros, ropas, ju-

guetes, y a veces incluso con ajuar de casa y de cocina. Piezas imprescindibles del mismo eran una máquina de escribir eléctrica, las obras de Ortega, una o varias máquinas de fotos, y las *Poesías Completas* de Antonio Machado.

Mi padre, y en general mi familia, llegó a simpatizar hondamente con ellos. Marías supo calar hondo en la personalidad de mi padre, congeniando con él enseguida. Era un inspector de escuelas con gran vocación hacia las letras, y una enorme capacidad para comprender y asumir las horas difíciles que tiene toda vida —y la suya había tenido muchas—, viendo en ellos siempre algo positivo y valioso. Había vivido la Guerra Civil en zona republicana; hubo por ello de pasar un proceso de depuración. Perdió su plaza de inspector en Barcelona y, por los mismos días, también a su madre y a su mujer. Al cabo pudo reingresar en su profesión, con limitados derechos, permitiéndole instalarse en Soria. Allí sus dos hermanas, que habían aceptado ayudarle a criar al hijo nacido acabada la guerra, se reunieron con él. Dueños de su dolor, aceptaron con esperanza su futuro.

El trato generó una estrecha amistad entre las dos familias. A través de esa amistad me llegó a mí la atracción hacia el pensamiento de Ortega y de Marías, y, aunque con tales juncos no se hacían cestos que gustaran en el mundo oficial universitario del franquismo, pude formarme intelectualmente en su círculo próximo, colaborar luego en alguna de sus empresas intelectuales —el Seminario de Humanidades o la fundación Fundes—, y mantener con él una relación discipular y familiar que llega hasta el presente.

En este tiempo, y especialmente tras su muerte, he escrito artículos y he dado conferencias sobre su figura y su pensamiento, deseoso de que la posición marginada que ocupó en el ámbito del pensamiento académico oficial, como resultado de su aislamiento inicial de la universidad del franquismo, no menoscabe las posibilidades intelectuales renovadoras que su obra ofrece.

Además, creo que en todo discípulo sincero hay, en cierto momento, la necesidad de objetivar su relación con el maestro, a fin de que, sobre la red de interacciones sentimentales, afecti-

vas e intelectuales que forman la trama discipular, se imponga nítidamente el fundamento objetivo y veraz de ese magisterio.

Por eso he tenido que hacer este libro.

Julián Marías es un nombre clave en la cultura hispánica del siglo xx. Lo es por lo que tiene de brillante y sólido su pensamiento, y también por las zonas de sombra que sobre él se han proyectado como resultado de situaciones políticas bien definidas. Su nombre es hoy familiar a innumerables lectores del mundo hispanoamericano, muchos ajenos por completo a los problemas de la filosofía. Ha sido, al igual que alguno de sus maestros, un filósofo que, al lado de libros técnicos, ha acertado a ser en el periódico y la conferencia una voz independiente, clara y rigurosa, que ha llevado una luz a innumerables lectores. Le han interesado moderadamente los prestigios académicos. Ha escrito, y ha pensado sobre todo para tratar de poner las cosas en la verdad.

Es difícil imaginar los cambios que habría que introducir en nuestro mundo español, y aun en el mundo hispánico, en lo cultural, en lo personal, y aun en lo político, si esta figura y esta obra no hubieran estado vivas y operantes durante la segunda mitad del siglo xx. Porque ha sido la suya siempre una voz responsable, veraz e independiente, a contracorriente del poder y de las modas, independiente también de toda forma de oposición convencional.

Busco en estas páginas trazar la imagen del hombre en su circunstancia, y sobre ese fondo, comprender el sentido de su obra intelectual. Tuvo permanentemente una explícita conciencia de la circunstancialidad que condiciona todo hacer y decir humanos. Enraizado en lo español, su mente y su vida se abrían al universo de las ideas y las culturas. Era un filósofo impregnado de europeísmo, apasionado por la realidad emergente de Occidente y abierto a la totalidad de un mundo problemático, que se acerca hacia una unidad global que todavía está lejos de alcanzarse.

Como filósofo, buscaba entenderlo todo desde la totalidad, o mejor aún, desde la realidad de la vida. Buscaba incluso entender y vislumbrar un posible 'más allá' de la vida presente, distinguiendo siempre lo que dice la razón y lo que sugieren la

creencia y la imaginación. Afirmaba la singularidad irreductible de la persona humana, de toda persona, y desde ahí combatió todos los intentos de reducirla y cosificarla.

Su pensamiento es un humanismo abierto al siglo XXI. Confío en que el futuro extraerá todas las implicaciones que en él se contienen.